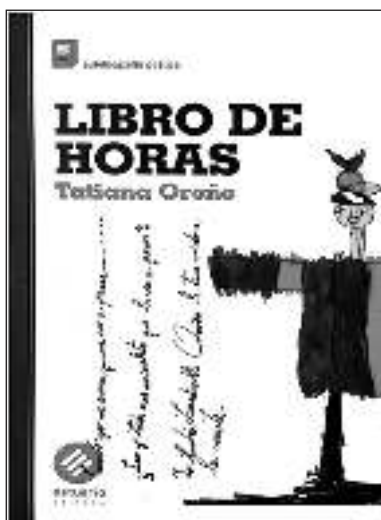


Libro de horas de Tatiana Oroño Desde el dibujo infantil a la autobiografía poética¹

Gabriela Sosa San Martín



Tatiana Oroño (San José de Mayo, 1947) reconoce en *Libro de horas* (Estuario, 2017) una autobiografía: “Este *Libro de horas* se hace portavoz de su carga de pasado porque acarrea el pasado de toda autobiografía” (5). En la portada del libro se define como una “autobiografía poética”. Como en toda autobiografía, uno se enfrenta a una escritura en la que parece predominar sobre lo demás el tiempo pasado, aunque de hecho sabemos que reúne todos los tiempos: también está el yo presente que enuncia, e incluso el que se desea ser. La propia autora lo advierte: “busco escribir lo que está pasando, para que pase algo que modifique lo que pasó” (5). Como si desde la primera página lo que se sondeara fuera la problemática relación entre la escritura y la experiencia, la pregunta sobre si guarda la narración de la experiencia algo de la intensidad de lo vivido, o si el discurso es capaz de significar la experiencia.

Una posible respuesta a esto consiste en afirmar que *Libro de horas* nunca renuncia del todo a la capacidad de que el lenguaje pueda referir el

acontecimiento del mundo. Un poema de Tatiana publicado hace casi cuarenta años empezaba así: “Quiero escribir los versos / que se aten / a lo que conocí, a las cosas que quise”.² Eso es, en definitiva, toda autobiografía: la confianza y la desconfianza simultáneas de que contar la historia de vida propia es una tarea posible. O por lo menos *intentable*.

Esta autobiografía de Tatiana Oroño hecha en estampas o fragmentos que irradian en múltiples direcciones desea por un momento que la escritura gane la apuesta: que el lenguaje desarrolle su capacidad de construir el pasado, es decir, de intervenirlo, de modificarlo, de refundarlo, de mitigar sus dolores. Pero es consciente a la vez de que algo siempre se está escapando de las palabras. Elijo tres citas: “No sé qué contar ahora” (71). “Escribir sobre la memoria siempre es una causa perdida” (73). “No sé cómo expresarme, qué tiempo elegir para registrar el acontecimiento” (75). Quizá por esa razón la presencia de lo narrativo va perdiendo cada vez más terreno en *Libro de horas* a medida que la cronología avanza. Quizá por eso podemos hablar también de una “autobiografía poética” y no de una autobiografía a secas. La prosa poética, más hermética que el relato, va demostrando ser un medio más apto para hablar en algunas secciones del libro sobre ciertos pesares que tal vez aún duelen y que logran quebrar hasta por un momento la sintaxis: el crecimiento de los hijos, la pérdida de aquella simbiosis perfecta entre la gallina y sus pollitos, despedidas y soledad. Suprimiendo las comas: “Ella soñaba con que en la piazza de San Marco lo asesinaban bañado en sangre se quebraba caía desaparecía en los diques de las ropas que ya se hundían en la fosa del canal” (104).

La autobiografía de Tatiana Oroño se define en clave moderna, casi como un libro fuera de época: el derecho a la lentitud supone darse el tiempo para encontrarse en la escritura y no para *deconstruirse*. Una lentitud sugerida también por la elección del título, que remite a los tiempos pausados por las exigencias litúrgicas, a aquellos libros de horas medievales destinados a incorporar la vida monástica y sus tiempos de meditación en la vida cotidiana. Este yo autobiográfico no busca su desintegración, su incapacidad de escribirse; por el contrario, asume que la escritura propia constituye el desafío de reunir otras escrituras y otras voces: las de una línea familiar que recorre cuatro generaciones, pero también las de muchos alumnos, las de otros afectos que se cruzan, y en especial las voces de la literatura como esa “otra alma” que siempre acompaña. La literatura es un refugio porque se apoya en la inamovilidad de la letra impresa a la que siempre puede volverse, en contraste con el dinamismo de la vida, sus acontecimientos y la fugaz oralidad que los acompaña, los afectos. Un profesor de literatura, mejor, una profesora de literatura habla de Dante y a través de él de su propia existencia y la de sus estudiantes. La autobiografía propone un yo escindido entre el que escribe y el que es escrito; de igual forma, la condición de lector empedernido con la que los profesores de literatura habitualmente nos identificamos obliga a un desdoblamiento permanente, porque quien lee se encuentra acá pero también está en otra parte, mucho más imperecedera gracias a la palabra.

Esta autobiografía se define en clave moderna también porque busca la denuncia “contra las causas que hicieron engorroso el proceso” (5). Y para denunciar hay que creer en esas horas que han poblado una historia de vida. Creer en el testimonio que dejaron los múltiples dibujos infantiles de una historia familiar, como pruebas tangibles y documentales de un espacio-tiempo que solo conocemos o recordamos a través de la subjetividad, pero que fue, es y será. Las horas que Oroño recuerda y los espacios que involucra en esos

recuerdos siempre se describen desde la vivencia personal; la descripción nunca busca en estos relatos provocar un “efecto de realidad”, como expresaba Roland Barthes a finales de los años sesenta.³ Es poética. Por eso los comentarios a partir de los dibujos infantiles de hijos y nietos que pueblan el libro funcionan como la realización perfecta de ese propósito de escritura: porque el dibujo infantil sustituye lo verosímil realista por lo verosímil simbólico y sensorial; un verosímil que da por sentado la vivencia toda mucho más allá de la racionalidad; esa capacidad que la infancia nos provee y los años nos van quitando.

El yo autobiográfico de Tatiana Oroño trata de definirse así: “Si me preguntaran qué hice en la vida, en qué invertí mi tiempo, contestaría *estuve viendo*, aunque eso no aclarara mucho. Mejor sería decir *estuve tratando de ver, para ver qué se podía*” (110). La tarea del escritor parecería consistir en el deseo de querer dejar testimonio de algunas de estas visiones. Un deseo similar al de la profesora de literatura en su transmisión cotidiana del conocimiento. Aunque en ninguno de los dos casos se logre la perfección de la mirada infantil.

Libro de horas se abre y se cierra en apariencia con el homenaje a la figura del padre: al comienzo en el esplendor de su carrera artística; en el final, ya enfermo pero sin haber perdido por ello su sabiduría en el mirar. Pero el verdadero comienzo y final de *Libro de horas* es en realidad el homenaje a la infancia: porque la voz de los niños y esa capaci-



“Noche y casa con estufa encendida (por transparencia)”. En *Libro de horas*, pág. 28. Gentileza de Tatiana Oroño



“Bodegón (pan y paño blanco)” (Acuarela, Dumas Oroño). En *Libro de horas*, pág. 22. Gentileza de Tatiana Oroño.

dad de ver el mundo que no es parafraseable ocupa uno de los epígrafes, ocupa la cita final, ocupa la portada del libro: “Cuando yo me muera qué me va a pasar... ¿Leo y todos esos animalitos qué les va a pasar? Yo Andrés Landinelli Oroño le tiene miedo a la muerte”.

Inevitablemente, la secuencia de datos autobiográficos reconocibles e identificables propone ciertas claves propias de lectura en *Libro de horas*. Primero ese tiempo mítico de la infancia propia entre artistas, el espacio del taller como un variopinto social, aquella vida en la cual tan delimitado estaba el mundo de los hombres y el mundo de las mujeres. Los primeros pintan; las segundas cosen. Si hay algo que los reúne es el trabajo diario con la tela. También entabla un punto de contacto entre esos dos mundos aquella niña que crece mirando y que no encaja del todo ni en un lado ni en el otro. Luego viene la juventud, la actividad política, el profesorado de literatura en el IPA, la llegada de los hijos. Y más tarde los años de la destitución, y con ella la cita obligada a cambiar de vida. Escribía allá por 1979 Hugo Giovanetti Viola en el prólogo que le hiciera a *El alfabeto verde*, primer libro de poesía publicado por la autora: “ahora Tatiana Oroño vive casi en el campo cultivando tres hijos entre un viento de viñas, repujando su pan artesanal y escribiendo de espaldas al mundo literario”. En la reseña biográfica de *El alfabeto verde* se acla-

raba que Tatiana Oroño “hace 5 años que no ejerce la docencia”. No podía decirse más, y tampoco era necesario hacerlo. Más adelante, el reintegro a la vida docente a mediados de los ochenta marcado por la escisión social –mirada que problematiza el lugar común de la apertura democrática como tiempos de encuentro y alegría, y que pone el acento en una pregunta tal vez olvidada: ¿cómo otorgarle sentido a la vida cuando no se tuvo exilio ni prisión política? “Se tenía la furtiva impresión de atravesar un escenario en período de ensayos antes de la llegada del elenco” (32)–.

Para una profesora de literatura que había sido destituida largos años, para una escritora, la ense-

ñanza supuso el desafío de hacer nacer la literatura en un mundo en que solo parecían quedar despojos de los proyectos revolucionarios de antaño. En las secciones de *Libro de horas* dedicadas al ejercicio de la docencia, la narración pormenorizada de anécdotas vividas en instituciones educativas públicas y privadas le da paso también al ensayo, porque se recuerdan aquellas experiencias en los salones de clase de los años ochenta y noventa como una especie de encuentro entre la modernidad y la posmodernidad: los estudiantes de la post-dictadura eran *post* en sentido amplio, una “cepa híbrida y cosecha silvestre en los que se podía confiar” (35), mientras la profesora que tenían delante –y sobre todo la literatura que esta traía abajo del brazo– trataba de hacer “escala, siempre que fuera posible, en aquellas máximas que le ponían peros a la era del vacío” (37), apelando al conocido título de Gilles Lipovetsky que intenta definir qué se entiende por posmodernidad: *La era del vacío*.

Junto a aquel desafío de transformar la clase de literatura en dadora de otra existencia –para lograr que el “que hace tres días que no se baña [explique] la belleza de una metáfora” (49)– la tarea de relatar esa clase agrega otro desafío, o el mismo de siempre: transformar en escritura una experiencia que se sustenta en la oralidad, que resulta única e irrepetible. El relato de las experiencias de aula, para aquellos que dedicamos nuestra

vida a la docencia, se colma de mil detalles familiares y cotidianos, pero que no acostumbramos a ver integrados a la literatura; por eso nos sorprende un poco (casi como si fuéramos descubiertos en un acto de intimidad) cuando un texto como *Libro de horas* cuenta una clase y debe hacer confluír en esas anécdotas el arte de narrar con la mayéutica, con el plan de clase (su orden y su desorden), con una suerte de pequeña exposición de crítica literaria. Todo eso hacemos, todos los días. Más lo que la escritura no dice, por constituir la inefabilidad del acontecimiento.

Yo soy una de esas estudiantes de la post-dictadura de las que se habla en *Libro de horas*, una de esas jóvenes que “son nuestros otros complementarios: son lo que fuimos, lo que dejamos de ser y lo que nunca fuimos” (43). Nací en 1978. Me ha tocado convivir con ciertos ideales que fueron adquiriendo una especie de fortaleza mítica; también convivir con su fracaso, y con la conciencia de que esa caída significaba de alguna manera la debacle de todos nosotros, también de los que vinimos luego, aunque estuviésemos involucrados con los ideales de nuestros predecesores de formas muy dispares. A finales de los noventa, en el IAVA, durante una asamblea estudiantil, escuché a un compañero de mi edad pedir disculpas por no haber padecido la dictadura. Quizá en ese momento empecé a madurar la necesidad de construir una relación con el pasado reciente que me permitiera admirarlo, y también detestarlo, y finalmente pensarlo; “cepa híbrida” que somos, como nos define Tatiana Oroño; aunque no sé si “cosecha silvestre”, pues la *era del vacío* nos ha resultado muy poco cómoda a unos cuantos.

Se afirma en *Libro de horas*, y creo que también explica esta pequeña digresión autobiográfica: “Volver significa entre otras cosas ir a limpiar la afrenta” (109).

Notas

1. Una versión abreviada de este trabajo fue leída en la presentación de *Libro de horas* de Tatiana Oroño, que se llevó a cabo el 5 de setiembre de 2017 en el Museo Nacional de Artes Visuales. Compartí la mesa con la autora, Andrea Carriquiry y Gabriel Peluffo.
2. Me refiero al primer poema del libro *El alfabeto verde* (1979).
3. Me refiero al conocido artículo de Roland Barthes titulado *La muerte del autor* (1968).

